

te propio, mío, y mañana otro, y sin dejar de pisar tierra colombiana, a negociar.

—Hombre te lo digo, eres demasiado confiado. ¿Cómo ha-certe a un buque?

—Comprándolo a Chile o al Perú o al que lo quisiera vender. Lo malo es que no se haya comprado más antes, cuando valia menos.

—¿Y la tripulación?

—Cómo no la hemos de formar, cuando vemos la facilidad con que aquí se salvan raudales más traicioneros que las ondas del mar, porque estas lo llevan a uno, aquellos lo roban.

—De suerte que no te parece la cosa tan mala.

—Mira yo soy indio. No sé de cambios ni negocios ni nada pero lo que sé, es esto: 1° que hay tierra luego hay comida; 2° que hay algodón luego hay tela y ropa; 3° que hay plata porque nadie se ha comido la que existía ayer y que *tr-culando* sin parar en ninguna parte es suficiente para AGUARDAR; 4° que todo el mundo está en guerra y... haciendo penitencia; que sólo aquí quisiéramos seguir sin *trastorno* la vida que llevábamos, olvidándonos de que en la actualidad en todos los países a cada hijo de prójimo *se le mide el pan que ha de comer y el paño que ha de vestir*.

FOLLETON DE «ECO DE ORIENTE» 38

EL MORO

Por José Manuel Mañroquín
Autobiografía de un potro sabanero.

CAPITULO XI

Punto y aparte

Dos o tres hostezos que se les soltaron a otros tantos de los circunstantes, fueron parte a que el Moro interrumpiera su razonamiento.

—Temo, dijo después de una breve pausa, haber fastidiado a Vds., y por otra parte, creo será bueno que tomemos un pisolabio. Ya saben Vds. que no puedo comer sino muy despacio, gracias a los portillos que se han abierto en mis encías, y lo que hoy he comido no ha sido lo que reclaman mi flaqueza y mis achaques.

El Pajizo miró al cielo como para



En los Vosgos

—¿Cómo pues solucionas, tu la cuestión Así hijo mío— trabajar, economizar, ingeniarse y aguardar sin dejar en el olvido aquello lindo del Apóstol: *que nada sobreviene sin el permiso de aquel que todo lo dispone para* que lleguemos a su santa Presencia ricos y peripuestos es decir con méritos y gracia.

M. D. M.

Tarjetas

En la tipografía San José se timbran tarjetas de tamaño corriente a razón de 0,50 el cincuenta. La tipografía da el material

Las tarjetas de luto se timbran a razón de 0,60 las treinta.

ver qué alto estaba el sol, y declaró que era ora de tomar las once, con lo que, inclinando la cabeza, más para empezar a escoger hierbecitas que para manifestar nuestro asentimiento, principiámos a esparcirnos por el potrero.

Relación de Morgante que no me es lícito reproducir

Aquella tarde me sentí triste, y para ver de espantar la murria, renové las instancias con que en vano había importunado otros días a Morgante a fin de que me refiriera las campañas en que se había encontrado. Esta vez condescendió mi amigo, pero exigió de mí formal promesa de que aguardaría secreto sobre lo que me iba a contar.

Mediante la palabra que empuñé de no soltar ninguna acerca de ello, me hizo una interesante relación que siento no poder reproducir por entretenimiento y solaz del lector. Morgante había hecho sus campañas sirviendo-

Tarifa

y condiciones para las inserciones en "Eco de Oriente".

Remitidos, columna \$ 4,00
Reclamos y sueltos, palabra 0,02
Anuncios en letra de texto, palabra 0,02

En otro tipo, a razón de parte de columna,

No se hará publicación alguna mientras no se consigne su valor.

Contratado un aviso por número determinado de veces no se devolverá suma alguna aun cuando se ordene la suspensión.

Las rectificaciones son de cargo de quien las suscite.

No se devuelven originales.

En la tipografía San José

se vende el almanaque para 1918 a razón de \$ 0,05 el ejemplar.

le a un jefe, circunstancia que le había sido favorable para poder hacer repetidas observaciones sobre la suerte de las bestias que en esta tierra llaman de brigada. Dicha relación me tuvo suspenso, pero cuando hubo concluido, noté que, lejos de disiparse con ella mi melancolía, ésta se había hecho más negra. Lo que en aquella ocasión me hacía temblar considerando que yo podía alguna vez ser declarado elemento de guerra, como están expuestos a serlo todos los caballos pisanos míos, hasta los que pertenecen a ministros diplomáticos. Desde aquel día me dominó un horror por la milicia y por la guerra, comparable únicamente con el que me infundía la idea de volver a caer en las garras del Tuerto Garmendia, horror, que dicho sea de paso, nunca dejaba de asaltarme y constituía para mí una verdadera obsesión.

La naturaleza gime conmigo
En aquella tarde, era tal mi abati-